

MISCELÁNEA MARINERA (II)

(Extraído del libro de igual título, autor Amancio Landín Carrasco, Ed. San Martín, 1984, Pp. 22-305)

Describimos aquí el segundo artículo de nuestro programa, dedicado a las misceláneas, es decir: "Curiosidades que dan las escrituras antiguas, cuando hay paciencia para leerlas, que es menester no poca". Algunas de ellas con un toque de humor.

Empezamos:

Descuento.

El marinero Francisco Matriculo remaba el bote con tal furia que una tarde, cuando desde su barco llevaba un parte al crucero *Carlos V*, fondeado entonces en la ría de Ferrol, su chinchorro pegó un testarazo contra el casco del crucero y Francisco se fue al agua, de donde le sacaron a punto de tragarse todo el océano. Aquella misma noche levó el *Carlos V*. A la mañana siguiente, convaleciente Francisco aún del susto, un fogonero con mala uva lo convenció de que había hundido el crucero. Y aun peor, no podía licenciarse hasta que no le fuera descontado de sus haberes el importe del barco...

Paisano.

No hace muchas décadas, siglo XX, los alumnos de la Escuela Naval no podían vestir de paisano, ni siquiera estando de permiso. Un día navideño, nuestro aspirante a guardiamarina, que vivía en Madrid se arriesgó a vestirse con sus trapitos civiles. ¡Santo Dios! Cuando estaba en la plataforma del autobús, en la mismísima Cibeles, vio subir a un profesor de la escuela, teniente de navío. Cautelosamente, volvió la espalda el alumno. Minutos después, el oficial le tocó un hombro con discreción: - ¿Tiene hora, por favor?

Y, casi iniciando un taconazo, contestó el mozo rápidamente: - Las doce y cuarto, mi comandante de brigada.

Funeraria.

En determinada capital sudamericana, uno de los negocios más prolíficos fue el de las pompas fúnebres. Cierta español, antiguo marinero, quiso probar suerte en tal género de industria y buscó un nombre para su establecimiento. Ya había nombres para todos los gustos: *El viaje inevitable*, *Llorarás por mí*, *Nadie se escapa*, *Allá te espero*, *El último suspiro*, *Por quién doblan las campanas*, *No somos nadie*, etc. El español quería un rótulo evocador del mar, y por fin se decidió por este título, tan fino y tan hondo: *A pique en la eternidad*.

Hipofagia.

En el último tercio del S. XIV, Inglaterra buscó una alianza con Portugal pues pretendía declarar la guerra a Castilla. El tratado puso en guardia al rey Juan I de Castilla, que amenazó con entrar en suelo lusitano (1381). Inglaterra, para proteger a Fernando I de Portugal, le envió una expedición marítima, al mando del conde de Cambridge. Llegaron al país vecino las naves inglesas con 1500 jinetes y otros tantos caballos..., pero sin las correspondientes monturas, olvidadas en Londres. En Portugal no había sillas para tanta caballería, y los soldados terminaron por comerse gran parte de los animales. El triste retorno de aquella expedición es harina de otro costal.

Talión.

Tomé Hernández, único superviviente del trágico intento español de poblar el estrecho de Magallanes, capitaneado en el S. XVI por Sarmiento de Gamboa, cuenta que el sargento Muñoz, al mando de 47 hombres, hizo a pie una penosa marcha entre los dos asentamientos

hispanicos. Todos murieron de hambre y de frio menos cuatro que “mataron un soldado para comérselo”, por la mucha necesidad que tenían. En vista de lo cual, y entendiendo la justicia a su modo, el capitán Juan Juárez de Quiroga castigó con la muerte a los cuatro desdichados “porque habían comido carne humana”.

Paipai.

Rienzi, aventurero y escritor francés, buen conocedor de Oceanía, contaba a principios del S. XIX ciertas particularidades de los abanicos de las islas Hawai. Los usan tanto hombres como mujeres, y suelen hacerse con fibra de cocotero y un mango bien pulido, aunque la gente refinada los prefiere de plumas de ave. “No obstante, los más apreciados son los que tienen por mango el hueso del brazo o de la pierna del enemigo muerto en el campo de batalla”. Lo cual demuestra, al menos en cuanto a los huesos, que no siempre es posible lo del “descanso eterno”.

Conferencia.

Sucedió a mediados del S. XX en un buque de nuestra Marina. El comandante había encargado a cada oficial la preparación de una conferencia a impartir a toda la dotación. Temas históricos navales de libre elección, y duración mínima de 20 min. Uno de los oficiales, en su conferencia, empezó diciendo trabajosamente algunas generalidades durante un par de minutos, se estiró con agobio otros dos minutos, superó tartajeante un nuevo minuto y, finalmente, coronó su disertación con este airoso y patriótico broche:

“Y ahora, guardemos quince minutos de silencio en honor de los héroes de Cuba y Filipinas”.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Radio 5 Todo noticias

Resumen.

Dedicamos aquí un segundo artículo a las misceláneas, definidas como: "curiosidades que dan las escrituras antiguas, cuando hay paciencia para leerlas, que es menester no poca". Son un glosario de sucesos añejos, más o menos insólitos o singulares, algunos de ellos con un toque de humor. En nuestro artículo van referidas mayoritariamente a cosas de la mar.



MISCELÁNEAS

«Curiosidades que dan las escrituras antiguas, cuando hay paciencia para leerlas, que es menester no poca».